
Sin el producto estrella

Tongoy siempre ha vivido mirando al mar. No sólo como paisaje, sino como sustento, identidad y promesa. Cada verano, cada fin de semana largo, la bahía se transforma en un punto de encuentro donde el turismo y la gastronomía marina -con los ostiones como emblema indiscutido- sostienen la economía local y el orgullo de una comunidad que ha aprendido a convivir con el ritmo de las mareas. Por eso, el cierre preventivo de las áreas marítimas entre Punta Lengua de Vaca y la Península de Tongoy no es solo una medida sanitaria: es una tragedia silenciosa.

La detección de veneno amnésico de los mariscos por sobre los límites permitidos -más de 20 mcg/g, según el Reglamento Sanitario de los Alimentos- obliga a la autoridad a actuar con responsabilidad. Nadie discute que la salud pública debe ser prioritaria. Pero reconocer la necesidad de la medida no disminuye el impacto devastador que tie-

ne para pescadores, recolectores, restaurantes, ferias, alojamientos y familias enteras que dependen directa o indirectamente del mar.

En Tongoy, el ostión no es un lujo; es trabajo. Es madrugar para salir a faenar, es inversión, es herencia transmitida entre generaciones. El cierre significa ingresos que se evaporan de un día para otro, productos que no se pueden vender, turistas que cancelan reservas y mesas vacías donde antes había vida. Significa también incertidumbre: nadie sabe con certeza cuánto durará la prohibición ni cómo se sobrevivirá mientras tanto.

Esta situación vuelve a dejar en evidencia la fragilidad de nuestras economías locales que dependen casi exclusivamente de los recursos naturales y del turismo. Basta una alerta sanitaria, una marea roja, una toxina invisible, para paralizarlo todo.